

Pesadillas[®]

**La MALDICIÓN de
la TUMBA de la
MOMIA**

R. L. STINE

PRIMER CAPÍTULO

H Editorial Hidra



En cuanto vi la Gran Pirámide, me entró sed. Tal vez fuera por toda esa arena, tan seca y amarilla que parecía que no iba a terminar nunca. Hacía que incluso el cielo pareciera estar seco. Le di un golpecito a mi madre en el costado.

—Mamá, tengo mucha sed.

—Ahora no —me respondió. Tenía una mano en la frente y se protegía los ojos del brillante sol mientras miraba la enorme pirámide.

¿Ahora no? ¿Qué significaba eso? Tenía sed. ¡Ahora!

Alguien chocó conmigo por detrás y se disculpó en una lengua extranjera. Nunca me imaginé que cuando viera la Gran Pirámide habría tantos turistas.

Parece que medio mundo ha decidido pasar la Navidad en Egipto este año.

—Pero mamá... —me quejé. No había querido chillar, pero tenía la garganta demasiado seca—. Tengo mucha sed, de verdad.

—No podemos ir a beber nada ahora —me contestó, mirando la pirámide—. Deja de actuar como si tuvieras cuatro años, tienes doce, ¿recuerdas?

—Los chicos de doce años también tienen sed —murmuré—. Toda esta arena en el aire me reseca la garganta.

—Mira la pirámide —me dijo con voz irritada—. Por esto hemos venido, no para ir a por bebidas.

—¡Pero me estoy ahogando! —grité, resollando y agarrándome el cuello.

Vale, no me estaba ahogando, estaba exagerando un poco solo para llamar su atención, pero bajó el ala de su sombrero y continuó mirando la pirámide.

Decidí probar con mi padre. Como siempre, estaba examinando un puñado de guías de viaje que llevaba a todas partes. Ni siquiera parecía haber mirado la pirámide aún. Siempre se lo perdía todo porque estaba leyendo una de sus guías.

—Papá, tengo mucha sed —le dije en un susurro, como si tuviera la garganta demasiado seca para hablar.

—Vaya, ¿sabes cuánto mide la base de la pirámide? —me preguntó, mirando una imagen de la pirámide en el libro.

—Tengo sed.

—Unos cincuenta y dos mil metros cuadrados, Gabe —me explicó—. ¿Sabes de qué está hecha?

Me hubiera gustado decirle que de plastilina. Siempre me está probando; vayamos a donde vayamos, me hace un millón de preguntas como esa. Creo que nunca he respondido bien a ninguna.

—¿Alguna clase de piedra? —dudé.

—Exacto. —Me sonrió y volvió la mirada al libro—. Está hecha de piedra caliza, bloques de piedra caliza. Aquí pone que algunos de los bloques pesan miles de toneladas.

—¡Vaya! —exclamé—. ¡Eso es más que tú y mamá juntos!

Apartó los ojos del libro y frunció el ceño.

—Qué gracioso.

—Solo estaba bromeando —le dije. Papá era un poco sensible con respecto a su peso, así que intentaba fastidiarle siempre que podía.

—¿Cómo crees que movían los egipcios de la antigüedad tanto peso? —me preguntó. El examen no había finalizado.

—¿En camiones? —probé. Mi padre se rio.

—¿Camiones? No tenían ruedas por entonces.

Me protegí los ojos con las manos y miré la pirámide. Era enorme, mucho más grande de lo que parecía en las fotos. Y más seca.

No me imaginaba cómo podrían haber movido esas piedras por la arena sin ruedas.

—No lo sé —confesé—. Tengo mucha sed.

—Nadie lo sabe —me contestó.

Así que la pregunta tenía trampa.

—Papá, de verdad, necesito beber algo.

—Ahora no —me indicó. Observó la pirámide—. Qué divertido, ¿eh?

—A mí me parece que da mucha sed —le respondí.

—No, me refiero a que es divertido pensar que nuestros ancestros, los tuyos y los míos, Gabe, pasearon por estas pirámides o incluso ayudaron a construirlas. Me parece emocionante, ¿y a ti?

—Imagino que también —le contesté. Tenía razón, parecía emocionante.

Somos egipcios. Es decir, mis abuelos de ambas ramas provienen de Egipto. Se fueron a Estados Unidos allá por 1930. Tanto mi madre como mi padre nacieron en Michigan. Estábamos emocionados por visitar el país de nuestros ancestros.

—¿Estará tu tío Ben en esa pirámide ahora?
—se preguntó mi padre, protegiéndose los ojos del sol con una mano.

El tío Ben Hassad, el famoso arqueólogo, casi me olvido de él. Él era otra de las razones por las que habíamos decidido venir a Egipto en las vacaciones.

Él y que mi madre y mi padre tenían negocios que hacer en El Cairo, Alejandría y otros lugares.

Papá y mamá tienen su propia empresa: venden equipamientos de refrigeración. No suele ser muy emocionante, pero a veces viajan a lugares atractivos, como Egipto, y yo voy con ellos.

Volví la mirada a las pirámides y pensé en mi tío. El tío Ben y sus trabajadores estaban excavando cerca de la Gran Pirámide, explorando y descubriendo nuevas momias, imagino. Siempre le había fascinado la tierra de nuestros ancestros y llevaba muchos años viviendo en Egipto. Mi tío era un experto en pirámides y momias, hasta vi una foto suya en el *National Geographic* una vez.

—¿Cuándo vamos a ver al tío Ben? —pregunté, dando golpecitos a mi padre en el brazo. Sin querer, le di demasiado fuerte y se le cayeron las guías de las manos. Le ayudé a recogerlas.

—Hoy no —me respondió, con una mueca en el rostro. No le gustaba agacharse para coger cosas, ya que se encontraba con su barriga en el camino—. Nos reuniremos con él en El Cairo en unos días.

—¿Por qué no vamos a la pirámide a ver si está ahí? —le pregunté, impaciente.

—No podemos.

—¡Mirad, camellos! —Mi madre me dio un apretón en el hombro y señaló los camellos.

Había llegado gente en camellos y uno de los animales parecía estar teniendo un ataque de tos. Seguro que también tenía sed. Los que iban en ellos eran turistas y parecían estar muy incómodos, daba la sensación de que no sabían qué hacer.

—¿Os sabéis el chiste del camello? —preguntó mi padre, que miraba la pirámide, analizando la cúspide.

—No —le contestó mi madre.

—Pues te jorobas —respondí yo.

Lo sé, lo sé. Es un chiste muy malo, pero a mi padre y a mí nos encanta.

—¿Veis los camellos? —preguntó mi madre.

—No estoy ciego. —La sed me ponía siempre de mal humor. Además, ¿qué tenían unos camellos de emocionante? Eran repugnantes y olían igual que mis calcetines después de jugar al baloncesto.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi madre, jugueteando con su sombrero.

—Ya te lo he dicho —le respondí sin querer sonar enfadado—. Tengo sed.

—Gabe, por favor. —Miró a mi padre y después volvió la vista a la pirámide.

—Papá, ¿crees que el tío Ben puede conseguir que entremos en la pirámide? —le pregunté, entusiasmado—. Sería genial.

—No lo creo. —Sujetó las guías con las axilas para poder mirar por los prismáticos—. No creo, Gabe. Me parece que no está permitido.

No pude esconder mi decepción. Tenía muchas ganas de entrar a la pirámide con mi tío, descubrir momias y tesoros antiguos, ahuyentar a egipcios de la antigüedad que habían vuelto a la vida para defender sus tumbas sagradas y escapar indemnes, como Indiana Jones.

—Me temo que tendrás que conformarte con apreciar la pirámide desde fuera —continuó mi padre mientras enfocaba los prismáticos.

—Ya la he apreciado —le dije—. ¿Podemos ir a beber algo?

Lo que no sabía era que, en unos días, mi madre y mi padre se habrían ido y yo estaría en el interior de la pirámide que estábamos observando. No solo eso, sino que estaría atrapado dentro, encerrado. Quizá para siempre.

2

Fuimos de Al Jizah a El Cairo en un pequeño coche que mi padre había alquilado en el aeropuerto. No fue un viaje largo, aunque a mí me lo pareció. El coche era apenas más grande que mis coches teledirigidos y me daba con la cabeza en el techo cada vez que había un bache. Había traído la Nintendo 3DS, pero mi madre me la había quitado para que pudiera ver el Nilo por el camino. Era muy ancho y estaba marrón.

—Nadie de tu clase va a ver el Nilo esta Navidad —me dijo. El viento cálido, que se colaba por la ventana abierta, le agitaba el pelo.

—¿Puedo jugar ya con la Nintendo 3DS? —me quejé.

En fin, un río es un río.

Una hora o así más tarde, estábamos en las estrechas y concurridas calles de El Cairo. Mi padre se equivocó y nos llevó a una especie de mercado y nos quedamos atascados en un callejón casi media hora.

No bebí nada hasta que llegamos al hotel, tenía la lengua del tamaño de un salchichón y me llegaba hasta el suelo, como la de Elvis, nuestro perro, que se había quedado en casa.

Hay algo bueno en Egipto. La Coca-Cola sabe tan bien como la de casa y te ponen mucho hielo: me gusta que choque contra mis dientes.

Teníamos una suite en el hotel con dos habitaciones y una especie de salón. Por la ventana se veía un rascacielos de cristal, lo mismo que se vería en cualquier otra ciudad. En el salón había una tele, pero en todos los canales hablaban en árabe. De todas formas, no había ningún programa interesante, era casi todo noticias. El único canal en mi idioma era la CNN, pero también era de noticias.

Estábamos decidiendo a dónde ir a cenar cuando sonó el teléfono. Mi padre fue al dormitorio y respondió. Unos minutos más tarde, llamó a mi madre y oí que discutían algo. Hablaban muy bajito, así que imaginé que era algo relacionado conmigo y no querían que los escuchara.

Tenía razón, como siempre.

Salieron de la habitación unos minutos más tarde, parecían preocupados. Lo primero que pensé fue que mi abuela había llamado con malas noticias sobre Elvis.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Quién era?

—Tu padre y yo tenemos que ir a Alejandría de inmediato —me contó mi madre al tiempo que se sentaba a mi lado en el sofá.

—¿A Alejandría? —Se suponía que no iríamos allí hasta el fin de semana.

—Por negocios —recalcó mi padre—. Un cliente importante quiere reunirse con nosotros mañana a primera hora.

—Tenemos que coger un avión que sale en una hora —continuó mi madre.

—Pero yo no quiero ir —les dije, y me levanté del sofá—. Quiero quedarme en El Cairo y ver al tío Ben. Quiero ir a las pirámides con él. ¡Me lo habíais prometido!

Discutimos durante un rato sobre ello. Ellos intentaban convencerme de que había muchas cosas interesantes que ver en Alejandría, pero me mantuve en mis trece. Al final, mi madre tuvo una idea. Fue al dormitorio y la oí llamar a alguien. Unos minutos después, volvió con una sonrisa en la cara.

—He hablado con el tío Ben —anunció.

—¡Hala! ¿Hay teléfono en la pirámide? —pregunté.

—No, lo he llamado al pequeño apartamento donde se aloja en Al Jizah —me explicó—. Me ha

dicho que vendrá a cuidar de ti mientras estemos en Alejandría. Si tú quieres.

—¿De verdad? —La cosa se estaba poniendo interesante. El tío Ben es una de las personas más divertidas que conozco. A veces no entiendo cómo puede ser el hermano de mi madre.

—Lo dejamos a tu elección, Gabe —me dijo, mirando a mi padre—. ¿Vienes con nosotros o te quedas con Ben hasta que volvamos?

No me llevó ni una milésima de segundo tomar una decisión.

—Me quedo con el tío Ben —respondí.

—Una cosa más —continuó mi madre que, por alguna razón, estaba sonriendo— que a lo mejor te hace cambiar de opinión.

—No me importa lo que sea —insistí—. Quiero quedarme con el tío Ben.

—Sari también está de vacaciones —expuso—. Y se está quedando con él también.

—¡Uf! —Me lancé al sofá y empecé a dar puñetazos en los cojines.

Sari es la hija del tío Ben, mi única prima. Tiene mi misma edad, doce años, y se cree muy especial. Estudia en un internado de Estados Unidos. Es muy guapa y lo sabe. También es inteligente y la última vez que la vi era dos centímetros y medio más alta que yo. Pero eso fue la Navidad pasada.

Se creía superior porque había llegado a la última fase del Super Mario 3D World, pero no fue justo, porque yo no tengo la Wii U, solo la Wii normal, así que no podía practicar.

Creo que eso era lo que más le gustaba de mí, que podía ganarme en los juegos y en otras cosas. Sari es la persona más competitiva que conozco. Siempre tiene que ser la primera y la mejor en todo. Incluso si nos resfriamos, ella tiene que ser la primera.

—¡Deja de dar golpes al sofá! —me regañó mi madre. Me cogió del brazo y tiró de mí para que me pusiera en pie.

—¿Significa eso que has cambiado de opinión? ¿Vas a venir con nosotros? —me preguntó mi padre.

Lo pensé un momento.

—No, me quedo aquí con el tío Ben —respondí.

—Y no te vas a pelear con Sari, ¿verdad? —me preguntó mi madre.

—Es ella la que se pelea conmigo —concreté.

—Tu madre y yo tenemos prisa —dijo mi padre.

Se metieron en la habitación para hacer la maleta. Puse la tele y vi una especie de concurso en árabe en el que los concursantes no paraban de reírse y no sabía por qué. Apenas conocía una palabra en árabe.

Un rato después, mi madre y mi padre salieron llevando sus maletas.

—No vamos a llegar a tiempo al aeropuerto —se quejó mi padre.

—He hablado con Ben —me dijo mi madre, pasándose la mano por el pelo—. Llegará en una hora u hora y media. No te importa quedarte solo, ¿no?

—¿Qué?

Admito que eso no era una respuesta, pero su pregunta me pilló por sorpresa. Nunca se me habría ocurrido que mis propios padres me dejaran solo en un hotel de una ciudad extraña de la que ni siquiera conocía la lengua. ¿Cómo podían hacerme eso?

—No pasa nada —dije—. Estaré bien, veré la tele hasta que llegue.

—Ya están de camino —especificó mi madre—. No tardarán en llegar, él y Sari. He hablado con el director del hotel y me ha dicho que vendrá a echar-te un ojo de vez en cuando.

—¿Dónde está el botones? —preguntó mi padre, que se movía de un lado a otro, nervioso—. Hace diez minutos que lo he llamado.

—Quédate aquí y espera a Ben, ¿vale? —me dijo mi madre, asomándose por detrás del sofá y dándome un apretón en las orejas. No sé por qué piensa que me gusta que haga eso—. No salgas de

aquí, espéralo aquí dentro. —Se inclinó y me dio un beso en la frente.

—No me voy a mover de aquí —le prometí—. Me quedaré en el sofá, ni siquiera iré al baño.

—¿No puedes tomártelo en serio por una vez? —me preguntó ella, negando con la cabeza.

Alguien llamó a la puerta y el botones, un hombre entrado en años que tenía aspecto de no poder ni con una almohada de plumas, entró a coger las maletas.

Mi madre y mi padre, que parecían preocupados, me dieron un abrazo y unas instrucciones de última hora, y me dijeron una vez más que me quedara en la habitación. La puerta se cerró tras ellos y de repente todo se quedó en silencio.

Un silencio atronador.

Subí el volumen solo para que hubiera más ruido. El concurso se había acabado y ahora un hombre vestido con un traje blanco leía las noticias en árabe.

—No me da miedo —dije en voz alta con un nudo en la garganta.

Me acerqué a la ventana y miré la calle. El sol casi se había puesto y la sombra del rascacielos se extendía por la calle. Cogí el vaso de Coca-Cola y di un sorbo. Estaba aguada y ya no tenía gas. Me rugió el estómago y me di cuenta de que tenía hambre.

«El servicio de habitaciones», pensé.

Pero decidí que mejor no, porque, ¿y si llamaba y me hablaban en árabe?

Miré el reloj. Eran las siete y veinte. Ojalá el tío Ben llegara pronto.

No tenía miedo, solo quería que llegara.

Vale, a lo mejor estaba un poco nervioso.

Caminé un poco, probé a jugar a la Nintendo 3DS, pero no me podía concentrar y no había buena luz.

«Seguro que Sari es un hacha con la consola», pensé. ¿Dónde estaban? ¿Por qué tardaban tanto?

Empecé a pensar cosas horribles: ¿y si no encontraban el hotel? ¿Y si se liaban e iban al hotel equivocado? ¿Y si tenían un accidente de coche y morían, y yo me quedaba solo en El Cairo durante días y días?

Ya, menudos pensamientos más tontos, pero son el tipo de cosas que piensas cuando estás solo en un lugar extraño esperando a alguien.

Bajé la vista y me di cuenta de que había sacado la mano de la momia del bolsillo de mis pantalones. Era pequeña, del tamaño de la mano de un niño. Se trataba de una pequeña mano envuelta en una gasa marrón que había comprado en un rastrillo unos años antes y siempre llevaba encima. Era mi amuleto de la suerte. El chico que

me la vendió la llamaba Convocadora. Decía que se usaba para convocar espíritus malignos o algo así. Me dio igual, a mí solo me importó que era algo chulo que solo costaba dos dólares. ¿Qué más se le puede pedir a algo de mercadillo? A lo mejor incluso era real.

Me la pasé de una mano a otra mientras caminaba por el salón. La tele me estaba empezando a poner nervioso, así que la quité, pero entonces el silencio me puso nervioso. Agarré la mano de la momia con la palma y seguí caminando.

¿Dónde estaban? Ya deberían haber llegado.

Estaba empezando a pensar que había elegido mal, debería haberme ido con mis padres a Alejandría.

En ese momento, oí un ruido en la puerta. Pasos. ¿Eran ellos? Me detuve en medio del salón y me quedé escuchando con la mirada fija en la puerta. En el pasillo la luz era débil, pero vi que el pomo de la puerta se giraba.

«Qué raro», pensé. «El tío Ben habría llamado antes, ¿no?»

El pomo se giró por completo y la puerta comenzó a abrirse.

—Eh... —La palabra se me atragantó.

El tío Ben habría llamado, no habría entrado así como así.

Muy despacio, la puerta se abrió mientras la miraba desde el centro de la habitación, incapaz de gritar. Asomada a la puerta había una figura alta.

Gemí cuando la figura entró en la habitación y la pude ver bien. Incluso con esa luz tan débil, vi lo que era.

Una momia.

Apoyada en la pared, estiró los brazos como si quisiera agarrarme. Abrí la boca para gritar, pero no salió sonido alguno.